Corriendo al trote

 Me cruzó cuando estaba saliendo de los Panteones y saltaba un cordón de vereda bordeado por agua cristalina. Entre tantos muertos, suponía que cualquier agua que pasara por allí debiese estar turbia y en ese devenir, fue que el perro me cruzo al trote corriendo. Tenía el pelo y las orejas largas oleándose, es que el movimiento que lo traía era peculiar, primero apoyaba las patas de atrás, luego las de adelante y esa diferencia era marcada, por eso no sé si corría o trotaba. Llevaba la mirada en un horizonte que nadie veía dentro, y un apuro por responder a un llamado que no se oía, que no se oía allí dentro.

El agua sabia fresca. Las aguas que endulzaban hasta que no se sabía que era estar afuera.

Antes de cruzar al perro negro, estuve caminando por la Necrópolis, tal lugar no era como lo imaginaba. Al seguir por callecitas di con una plazoleta ¿Una plazoleta? Tenía algunos bancos de piedra. Me senté a descansar. No sé si fue el punto ciego acordado o el banco de plaza mohoso que caminaba por mi espalda, no sé, algo pasó que me dio risa, debía contenerme. No pude. La mano se me brotó de pelos negros, también el brazo y todo el lomo. Cuando terminé de rascarme saqué de la cartera los guantes verdes de terciopelo. Uno a uno escondí mis dedos con una repetición sonora, hasta que mi mano pareció una mano.

 Noté que en la plazoleta faltaban juegos para niños.

Me levante rápido, acomodé las puntillas que sobresalían de las mangas de la camisa e intente alejarme.

Nadie llevaba a los niños por esas callecitas. ¿Nadie?

Creo que hubiera visto los bancos ocupados por enamorados, si hubiese girado mi cabeza, incluso la plazoleta repleta de ellos, empujándose, empujándome, tarasconeandonos los talones entre cabelleras sin gravedad y largas caminatas invernales, con los ojos completamente blancos, soñando con púas eléctricas. Sujetándose entre ellos, sujetándome.

Sentí sed cuando lloraba. Creí que era tan solo un poco de aspereza, pero en vez de lágrimas caía hojarasca sobre mis palmas, toqué mis ojos y estaban huecos, caían certezas que me dejaron los dientes agrios cuando las tragué. Se angostó mi sed.

Ya se veían las cruces en tierra y las flores coloridas.

Algo socavaba queriendo salir.

Unas manos cerraron los ataúdes y no sé si desde dentro o fuera, porque lo hacían antes de que espíe por el vidrio de algún Panteón.

Se oían niños reír sin hamacas. No he querido oír sus voces, he tratado de olvidar los juegos oxidados que chirrían, en las tardes pasajeras de las plazas. Estaba segura de que quería perder sus risas porque todo queda en la nada. Olvidar, si ellos no fueron rápidos, olvidar si se ahogó, olvidar, para clavar en el epitafio “Todo queda en nada”.

Se me desconcierta la mandíbula, babeo algo muy fresco y desconocido, olfateo en el viento quirúrgicas manos de asesinos y sube por mis fauces una mordida letal.

Corro al trote.

Apenas cruzo el cordón de la vereda, escupo turbias fechas y nombres.

Vomito retratos ovales.